

pe

NUEVA RELACION, Y CURIOSO ROMANCE, EN QUE SE DE-  
claran los valerosos hechos, y aventuras de fortuna, que le sucedieron  
à DON REDULFO DE PEDRAJAS.

PRIMERA PARTE.

**T**Odo vandido se esconda,  
no manifieste la charpa  
à vista de mis arrojés.  
Tiemblen los Guapos de España,  
remple su ira Oliveros,  
vencedor de las batallas:  
Calle Bernardo del Carpio,  
que entre cerros, y cañadas  
se quedó pidiendo guerras  
por yerro de su ignorancia.  
No soy el Cid, ni Sanson,  
que columnas derrivaba  
en defensa del agravio,  
cuyo valor publicabas;  
que morir por Dios, y el Rey  
es dar lauros à la fama.  
Y por que sepan quien soy,  
mi nacimiento, y crianza,  
nací en Merales del Rey  
Don Redulfo de Pedrajas,  
que el Astro de mi fortuna  
me señaló letras, y armas:  
Llegué à cumplir veinte años  
comprando caballo, y charpa,  
y cargando de tabaco,  
à Zaragoza pasaba,  
y en breve lo despaché,  
y volviendome à mi casa  
en el camino encontre  
à Pelagio que los Guardas  
lo llevaban maniatado,  
y despojado de armas;  
asi que le conocí,  
los aguardé à que llegaran,  
y les dixé: Cavalleros,  
el prisionero, y las cargas  
à el punto lo soltareis,  
que Don Redulfo lo manda;  
oy es preciso morir,  
que la muerte a todos llama;  
à un tiempo me dispararon,  
dandome carga cerrada;  
yo disparé mi trabuco,  
y les maté cinco Guardas,

que el miedo los acobarda,  
los que quedaron huyeron,  
y despaché à Don Pelagio,  
sin que nada le faltara.  
Y caminando à Morales,  
puse publica aduana  
de vino, tabaco, y carne,  
de polvora, y de varajas,  
à los presos los liberte,  
y socorro al que me llama:  
Digalo la Real Saboya,  
quando un Jueves de mañana  
iban à ahorcar un hombre,  
y compasivas lloraban  
dos mugeres por las calles,  
les pregunté, qué es la causa  
de vuestra grande afliccion,  
y al punto me replicaban:  
Oy le dan muerte à mi Padre,  
que yo los desamparé,  
porque un hombre mató à otro,  
y el matador se ausentaba;  
el Escribano asesino  
à mi Padre se la carga.  
Les dixé, se retirasen,  
y previniendo mis armas  
de prompto me fui à la Carcel,  
donde el Secretario estaba,  
para dar fee, y testimonio  
de sus letras mal fundadas,  
y vide sacar al pobre,  
que los Padres le auxiliaban,  
y caminando à el suplicio,  
y llegandome à la escala  
les hice se detuviesen,  
y al Escribano llamaba:  
Ven acá, hombre infeliz,  
condenado, y de mala fama,  
con que por tu culpa dan  
muerte al que no tiene causa;  
me respondió: Del Consejo  
ha veuido declarada,  
que se haga esta justicia.  
Y desnudando la espada.

La cabeza le corté,  
dexando el cuerpo sin alma:  
Pedian favor al Rey  
los Soldados de la Guardia:  
y brioso con mi azero  
despojé toda la Plaza,  
donde hice doce muertes,  
y à otros las piernas quebraba,  
metí el Reo en San Francisco,  
sin que nadie lo estorvara.  
Y caminando à mi tierra  
hallè mi casa cercada  
de un gran cordon de Soldados,  
que con orden de la Sala  
venian para prenderme  
vivo, ó muerto me entregaran:  
Y yo viendome perdido,  
echando mano à las armas,  
los abenté como moscas,  
que salen desperdigadas.  
A este tiempo en Barcelona,  
en su eminente montaña  
andaban quarenta hombres,  
que robaban, y mataban  
à todos los pasajeros,  
y algunos Pueblos asaltan:  
y haviendo orden del Rey  
que aquel termino cercaran,  
y si los prenden, en horcas  
pongan en publicas plazas,  
y el Señor Governador  
no pudo adelantar nada;  
porque los dichos Ladrones  
alguna gente le matan:  
A la Ciudad se bolvió  
y al punto escribió una carta,  
dando parte à Don Redulfo,  
diciendole, que esperaba,  
no se dilate en venir,  
que le dá firme palabra  
de ser su padrino en todo.  
Yo sin temer mi desgracia,  
en un ligero cavallo,  
qual águila que volaba,  
llegué à los montes de Bernia,  
y el Marqués de Huelma pasa  
con su Esposa, y sus dos Hijas,

Mayordomos, y Criadas.  
Salieron ocho Ladrones,  
y à todos los maniatan;  
quieren violar la Marquesa,  
y aquellas Doncellas castas  
en presencia del Marqués,  
socorro al Cielo clamaban.  
Fui corriendo à estos lamentos,  
y antes que à ellos llegara  
me salen à recibir  
con escopetas cargadas,  
diciendome: Quien va allí?  
Les di la respuesta en balas,  
de los ocho maté à cinco,  
y los otros tres con alas,  
fiados en sus caballos,  
y su fuga apresurada  
querian huir velozes,  
mas fue diligencia vana,  
que el paso les atajé,  
y los llevé donde estaban  
los defuntos compañeros,  
porque atados los llevaran;  
y sacando mi rejon  
corté las cuerdas delgadas,  
que oprimian el Marqués,  
y à las Señoras, que estaban  
de aquel susto quasi muertas.  
O bilipendiosa infamia!  
Me ofrecian grandes premios,  
y tambien Doña Costanza,  
hija del propio Marqués,  
la que rogò que tomara  
de su mano una fineza,  
me presentó una esmeralda,  
y me dice: Cavallero,  
en vuestro pecho guardarla,  
que puede ser que algun tiempo  
sea honor de vuestra casa.  
Mostrandome agradecido  
fui con ellos en compañía  
hasta sacarlos del monte,  
no suceda otra desgracia.  
Dexemos la primer parte  
del mayor guapo de España,  
y acabaré en la segunda  
de referir sus hazañas.

NUEVA RELACION, Y CURIOSO ROMANCE, EN QUE SE  
prosiquen las famosas hazañas de D. REDULFO DE PEDRAJAS.

SEGUNDA PARTE.

**Y**A dixé en la primer parte  
como libres se quedaban,  
y a el Marqués le supliqué,  
que el testimonio firmara  
de todo lo sucedido,  
porque es preciso que vaya  
à ver al Conde de Flores,  
que suya tengo una carta  
en que me embia à llamar,  
sin dilacion, ni tardanza.  
Como un rayo disparado  
bolviendome se quedaban  
los muertos, y prisioneros,  
y á estos hize que montaran  
cada uno en su caballo,  
y que los muertos llevaran  
hasta entrar en la Ciudad;  
y cerca de las murallas,  
el Señor Gobernador  
vino à registrar las cargas.  
Preguntó: Qué gente es esta,  
que viene con esta traza?  
Señor, son los gavilanes,  
que à caminantes estafan.  
Respondió el Governador:  
En este dia mi Hermana  
me noticia por un pliego  
como estuvo maniatada,  
el Marqués, y mis Sobrinas,  
y que quisieron violarlas  
sin tener apelacion:  
y que debe darle gracias  
à un famoso Cavallero,  
que por el sitio pasaba;  
me alegrara el conocerle,  
y traerlo en mi compañía,  
Pues yá tiene Vuexcelencia  
el que lo hizo á sus plantas;  
le presenté el testimonio,  
y la fecha de la carta.  
Luego mandó, que los Reos

á la Carcel los llevaran.  
Me dió su lado derecho,  
diciendo que celebrara  
prenda los quarenta hombres  
que andan cometiendo infamias  
en lo aspero de esos montes.  
Don Redulfo dió palabra  
de traerlos prisioneros,  
y con diez Soldados marchó  
hasta la vera del Bosque:  
y descubriendo sus calas,  
puso en ellas centinelas  
con una orden cerrada,  
que si escuchan venir gente,  
les tiren sin repugnancia.  
Solo me metí en las breñas,  
su espesura paseaba  
poniendo lazos, y cepos  
por el suelo, y por las matas  
hasta llegar à la Cueva  
à donde ellos habitaban;  
y estaban con gran funcion,  
con brindis se saludaban.  
A el ayre disparé un tiro,  
y en silencio se quedaban,  
diciendo: Perdidos somos,  
cada qual tome sus armas,  
para defender sus vidas,  
y en el monte se repartan,  
y conforme iban andando  
enlazados se quedaban,  
y sin poderse valer  
les quité todas las armas.  
Hize venir los Soldados,  
y con sogas los amarran,  
y antes que fuera de dia  
tomamos la caminata  
al Puerto de Barcelona,  
y un Soldado se adelanta,  
y dixo al Governador:  
Desde que España es España

no hubo hombre mas valiente,  
ni de mas heroica hazaña,  
él solo prendió los hombres  
sin que nadie le ayudara.  
Victorioso con mi presa  
á el Conde se la entregaba,  
en ocasión que venian  
los Soldados de la playa  
á decirle á su Excelencia:  
De Turcos una Fragata  
sigue á otra de Christianos,  
y la llevan apresada,  
y apriesa piden socorro,  
y suspensó se quedaba  
á el oirio, y dixé entonces:  
Mande Usia, que una Lancha  
me flicen, y unos Soldados,  
y verán cortar mi espada  
las cabezas de Paganos;  
si el Cielo me dá ventaja  
en poderlos alcanzar;  
y con cuydado remaban,  
y llegamos á abordar,  
y saltandó en la Fragata;  
cortando brazos, y anescos,  
sus cabezas derribaba  
veinte Moros le maté,  
sin que agravio me tocara;  
y viendose mal heridos,  
todos soltaron las armas,  
diciendo: Noble Christiano,  
cese el rigor de tu espada.  
Desembarcamos en tierra,  
y nos hicieron la salva,  
y los Captivos Christianos  
por mi la victoria aclaman,  
y todos los Caballeros,  
y el Gobernador me abraza.  
Y luego al dia siguiente  
se dispuso la jornada  
á la Corte de Madrid,  
y le cuentan mis hazañas  
á el Catolico Don Carlos,

el que ya infosmado estaba.  
Mandó que entrase alla dentro,  
y así que llegué á sus plantas,  
de rodillas me pestré,  
me preguntó por mi Patria.  
Soy de Morales del Rey,  
invictisimo Monarca.  
Generoso me responde:  
Ya es Morales de Pedrajas,  
y Marques de Santa Cruz,  
y gran Conde de la Habana,  
y de Mexico Virrey,  
y General de las Armas,  
Cavallero Comandante,  
con Doña Alberta Constanza  
es precisó que os caseis,  
y al punto los desposaban.  
Su Magestad le dió en dote,  
que el Manto que cobijaba,  
con él liberte los reos,  
que tengan algunas causas.  
Puestos á los pies del Rey,  
celebrandole estas gracias,  
dixeron ambos: Señor,  
Rey, y luz de nuestra España,  
gran consuelo de Españoles,  
viva en el mundo tu espada,  
para que con ella triumphes  
conrra Hereges, y Pyratas,  
por defensor de la Fé  
de nuestra Iglesia Romana;  
tiemblen todas las Naciones  
á el temor de vuestra fama,  
O queridos Españoles!  
decid todos á sus plantas:  
Viva, viva el Rey Don Carlos  
con tranquilidad sobrada,  
y verán de Don Redulfo  
su historia finalizada.  
Y aqui Juan Antonio Lopez,  
que es el Autor desta plana,  
á los oyentes suplica,  
que le perdonen las faltas.

Con licencia: En Cordoba en la Imprenta de Don Juan de Medina, y  
San-Tiago, Plazuela de las Cañas, donde se halla  
de todo surtimiento.